

**VALORACIÓN
COMUNITARIA
DE LOS BIENES
ARQUEOLÓGICOS
EN LOS LLANOS
DEL ESTADO
BARINAS**



► El punto de partida

Lo primero que hay que decir es que la mayor parte de las investigaciones etnohistóricas y arqueológicas realizadas hasta ahora, han respondido a intereses académicos o particulares, además de estar marcadas por la visión disciplinaria sin involucrar a las comunidades donde se localizan bienes patrimoniales. Esta situación ha impedido impulsar el sentido de pertenencia comunitaria y en consecuencia la desvinculación con este acervo histórico.

De allí la necesidad de emprender ejercicios de valoración comunitaria patrimonial, que nos permitan involucrar a los ciudadanos y ciudadanas en el proceso de localización, conservación, preservación y reapropiación de los aportes dejados por las comunidades que nos antecedieron en el tiempo.

► El contexto

Desde esta perspectiva se inició el acercamiento al patrimonio de los llanos para lo cual se reitera que los pueblos aborígenes que habitaron las zonas inundables de los llanos venezolanos construyeron campos elevados, calzadas y montículos como soluciones para la recuperación de suelos utilizables para las labores agrícolas; a este fin estuvo asociado otro de naturaleza social que se confirma en los hallazgos cerámicos, líticos y óseos presentes en estas construcciones artificiales.

Estos aportes originaron transformaciones ecológicas evidentes en los cursos de ríos y quebradas, sedimentación y desecamientos de zonas pantanosas que le dieron origen a las zonas boscosas del estado Barinas.

Buena parte de las evidencias de ocupación aborígen se han mantenido solapados por la sociedad del progreso, a la que le cuesta reconocerlas como obras de ingeniería aborígen así como estructuras sociales complejas de los pueblos que nos antecedieron, de allí que el presente trabajo de investigación se plantea realizar una localización comunitaria de sitios arqueológicos donde se asocien calzadas, montículos, bienes cerámicos, líticos y óseos para avanzar en un proceso de valoración, resguardo y preservación del patrimonio cultural en el seno mismo de las comunidades de Barinas, particularmente las localizadas en el municipio Sosa del estado Barinas.



► La experiencia

I primera

Cuando nos planteamos avanzar en un ejercicio de arqueología comunitaria, sabíamos que se afrontarían adversidades en la validación técnica de hallazgos y resultados, pues hay una percepción con respecto a esta disciplina muy ortodoxa en ciertos escenarios académicos y científicos, desde los que se demandan un conjunto de experticias básicas a los investigadores para afrontar un trabajo de reconocimiento de los procesos de ocupación territorial del pasado, de reconstrucción de los patrones tecnológicos y más aún de interpretación de las complejidades que pudieran haber caracterizado a las sociedades que nos antecedieron.

Otra de las adversidades presentes era la de superar la utilitaria relación que generalmente se establece entre los investigadores (as) y los entornos comunitarios donde se activa el ejercicio arqueológico; valga decir una relación que comienza con visitas exploratorias, tacitas de café, conversaciones en el fogón, que preparan el terreno para dar con los más informados sobre la geografía, los yacimientos, los entierros, las rutas entre otras informaciones no menos importantes para la investigación y de allí que con sólo ese ejercicio, se habla de una integración de la comunidad, cuando lo más que puede quedarle como retorno es una buena foto y a lo sumo una grata reunión al final de la jornada.

No era ese el sentido de lo comunitario de nuestro ejercicio, se trataba de hacer un proceso consiente, sensible, ordenado y sustentable de recuperación de objetos materiales, de apropiación de los bienes que no deben tener precio pero sí valor, es decir de bienes patrimoniales y de construcción colectiva de las historias comunitarias; solo después de eso decidiríamos el rumbo a seguir, podría más adelante hablarse de salas comunitarias, salas de exhibición, museo comunitario, ruta patrimonial, ruta arqueológica o quién sabe qué otra denominación.

II segunda

Visto así nuestro desempeño y ubicados en la comunidad de La Maporita en el límite de los municipios Rojas y Sosa del estado Barinas, donde se localiza la finca Las Guayabitas, no apelaríamos solo a un bagaje técnico, sino que requeriría de una franca apertura a los saberes comunitarios que sentíamos iban muy adelantados a nosotros en materia de la arqueología de la zona. Adultos que crecieron en medio de “lomas”, “turrumotes”, refiriendo calzadas y montículos; jóvenes y niños que han recuperado, “cabezas de cachicamo”, “cachos”, “muñecos” refiriendo patas de vasijas sonajeras con decoración, figurines; mujeres que han recuperado cráneos, piezas dentales, clavículas, fémures junto a

material cerámico asociado que las hacía disponer de un patrón de enterramiento prefigurado. Alrededor de este saber, el misterio, los miedos nocturnos, el respeto reverente por la muerte, todo esto estaba ya construido por los miembros de la casa y más allá.

Esto que era una fortaleza tuvimos que contenerlo para acompañarnos en una experiencia de prospección, excavación, descripción arqueológica; y a la vez encontrarnos en una experiencia de acompañamiento comunitario que sembrara en la comunidad inquietudes que habían estado a la espera de iniciativas surgidas de dentro o fuera de sus fronteras.

III tercera

Convencernos y acordar con la familia y la comunidad realizar una excavación no fue nada difícil pues era una actividad conocida por ellos, las dificultades y desencuentros surgieron para acordar el cómo hacerlo, no era hacer huecos, no era sacar un entierro, no necesitábamos fuerza bruta, ni hacerlo rápido; se trataba de una excavación, no éramos desenterradores de objetos sino más bien de hechos sociales, los seres humanos no vivimos hacia abajo sino en el plano horizontal de la madre tierra. Necesitábamos saber cómo los pueblos aborígenes enterraban a sus muertos, cómo controlaban las aguas, dónde sembraban, cómo fabricaban los utensilios, sus vestidos, sus lugares para vivir. Sólo una excavación con método horizontal y técnica de decapado podría permitirnos aproximarnos a las respuestas de estas interrogantes, después de estas conversaciones de las que creíamos salir airosos, los muchachos nos preguntaban cuándo comenzaríamos las “excavaciones”.

IV cuarta

Iniciamos el trabajo de excavación con cierto antropocentrismo, buscando las pistas culturales en los objetos fabricados por la mano humana, la información comunitaria nos decía que en el lechozal afloraban con la lluvia y con el aporque de las matas, “loza”, “muñecos” de distintas dimensiones, nos indicaba también que detrás de la cocina se conseguían tinajas completas y que cerca de ellas yacían los pies o la cabeza del muerto, en tanto hubiésemos excavado hasta un nivel donde la tierra se vuelve arenosa, suelta, así se daba, el patrón se nos repitió tres

veces en el área de ocupación residencia actual de la finca. Se trataba del nivel de 60 centímetros aproximadamente que llegaba hasta el 90 respectivamente. Estábamos frente a entierros directos que asociaban vasijas funerarias de distintas dimensiones, ornamentos líticos y de cerámica que reproducían la figura humana.

La excavación horizontal como se sabe busca identificar y desentrañar estructuras a partir de los objetos dejados sobre un determinado nivel de ocupación por los grupos humanos, se trata de relacionar la distribución espacial de los objetos que se van dejando de manera deliberada o no pero que siempre dice de los hábitos culturales de una sociedad anterior. De esta manera decapando los niveles o estratos naturales más o menos homogéneos se van develando la disposición de los materiales óseos, cerámicos, líticos y así intentamos al principio no sin errores, no sin accidentes propios de la actividad de excavación y sobre todo con una comunidad atenta, ansiosa, motivada cuyo interés inmediato era el indio muerto; de nuestra parte la expectativa de poder dar con las pistas para realizar las posibles reconstrucciones de la vida cotidiana de pueblos y sociedades enteras que vivieron en el pasado. Las relaciones cronológicas y tipológicas quedaron para luego nos interesaba más las relaciones espaciales pasadas y presentes.

V quinta

Es importante mencionar que los primeros ejercicios de excavación en La Maporita se decidieron no sobre la base de una prospección técnica que permitiera conocer la estratigrafía de la zona, si no sobre el criterio comunitario que sólo después se acompañó de criterios que atienden a otro tipo de rigores científicos. Ilustremos lo que va de esta experiencia en las fotografías siguientes.





- ▶ *En las investigaciones etno históricas y arqueológicas existe la necesidad de emprender ejercicios de valoración comunitaria patrimonial.*



- ▶ *En la arqueología comunitaria se afrontan adversidades en la validación técnica de hallazgos y resultados.*

- ▶ *Para que exista: un museo comunitario, ruta patrimonial o ruta arqueológica comunitaria, debe surgir de un proceso de construcción colectiva de sus historias.*

- ▶ *En la excavación horizontal, nuestra mayor expectativa es poder dar con las pistas para realizar posibles reconstrucciones de la vida cotidiana de pueblos y sociedades enteras.*